

EL DESDEN NACIONAL

Una circunstancia que siempre me ha irritado profundamente, un hecho nacional -e internacional- a primera vista irracional, porque seguramente nace de los más primitivos y atávicos instintos humanos, cuando nos movíamos en pequeñas hordas y grupos, y el "extraño", el "forastero", constituía "a priori" una amenaza, y generaba desconfianza, es el desdén o desprecio que sienten unas regiones, comunidades, provincias e incluso pueblos respecto a las demás, o al menos respecto a una parte de las demás, englobando a aquel que pertenece a otro grupo en un concepto de ideas predefinidas y pensando que por ser originario de tal o cual "tierra", todos "ellos" piensan igual, reaccionan igual y tienen un carácter y una idiosincrasia uniforme. Yo pienso que no es así, aunque por supuesto cada lugar tenga sus propias tradiciones, economía, aspiraciones, etc. Me explico: toda mi familia, padres, hermanos, tíos, primos, etc. es de "aquí", es decir de Daimiel, y aquí, en La Mancha y parte en Daimiel, salvo mis primeros cuatro años de vida, es donde he crecido y está lo que he "mamado"; luego mi carácter y forma de ser, para bien o para mal, se forjó aquí.

Sin embargo, a la edad de 17 años, salí del pueblo por motivos de trabajo y hasta que "atterricé" en Almuradiel y Valdepeñas en el año 1992, aunque vivo en Daimiel, he tenido la oportunidad de residir durante casi catorce años en distintos lugares de la geografía española, tales como Palencia, Venta de Baños, Valladolid, Madrid, Barcelona, Logroño, Haro, y algún otro más. Y debo decir que a veces puedo haber echado de menos mi "tierra", mi familia y mis amigos, y puedo haber sentido cierta nostalgia y soledad, pero nunca, nunca, me he sentido extraño o extranjero allá donde haya "puesto el huevo" dentro del territorio nacional; y, si bien alguna vez, alguien ha mostrado hacia mí actitudes discriminatorias e incluso racistas por esos sitios de España -cretinos y descerebrados los hay en todos sitios- puedo asegurar que la mayoría de la gente que he llegado a conocer se ha mostrado amable y acogedora, y lo que es más, al saber que me encontraba a cientos de kilómetros de mi hogar, no han faltado los que me han ayudado y han tratado de hacérmelo pasar lo más llevadero posible.

Viene esto a cuento porque me parece percibir, cada vez más, una creciente inqui-

na e incluso odio, entre los habitantes de las diferentes comunidades autónomas y territorios de España. "Mal rollo". Pero esta situación, en cualquier caso, no ha salido de la chistera de un prestidigitador. Efectivamente, como en tantos y tanto otros temas importantes para la vida privada y comunitaria, hemos pasado desde la instauración de la democracia, de ser completamente calvos a tener mucho pelo, o viceversa que para el caso que nos ocupa viene a ser lo mismo. Y son, en general, las generaciones más jóvenes las que más parecen dejarse llevar, a mi entender, por este peligroso -si peligroso- sendero. No es casualidad. Si durante la dictadura, la enseñanza de la Historia, en particular la de España, estaba tendenciosamente dirigida hacia un extremo, y en consecuencia distorsionada y hasta cierto punto falseada en áreas concretas, no es menos cierto que al asumir ciertas comunidades autónomas las competencias en materia educativa, la tendenciosidad, y por tanto la falsedad y la distorsión en la enseñanza y los programas de enseñanza de dicha Historia, pasaron más o menos bruscamente hacia el extremo contrario, con el objeto de fomentar el victimismo y manipular miserablemente las mentes de algunos jóvenes, dando como resultado que en las comunidades geográficamente periféricas y con más competencias, o que asumieron más tempranamente responsabilidades educativas, se mire con recelo el "centralismo" tradicional del interior, "centralismo" por otra parte moribundo y que, eventualmente, sirve a ciertos políticos de ciertas comunidades autónomas, ya de por sí con una inmensa cantidad de poder y autogestión autonómica, que para si quisieran muchas regiones de la Europa tradicionalmente liberal, para alimentar, entre parte de sus habitantes, tristemente manipulados -por fortuna una minoría- el sentimiento, completamente infundado, de que están oprimidos y explotados por el resto de España. En el "mejor" de los casos esto fomenta el anteriormente mencionado victimismo y el desprecio y el odio a los que no son de "su tierra". En el peor, el lenguaje de la violencia de unos "iluminados", cuya ignorancia en materia histórica, y en consecuencia supongo que general, solo se puede equiparar al desprecio que sienten por la vida humana. Pero ya se sabe, "a toda acción corresponde una reacción de igual intensidad y de sen-



GREGORIO RUIZ
DE LA HERMOSA

tido contrario", y es aquí cuando se genera el negativo efecto de meter a todo el mundo dentro del mismo saco, y considerar al habitante de tal o cual lugar como similar, en intenciones e ideas, a los violentos y alucinados. El recelo y la desconfianza son susceptibles de degenerar en odio. Y por otra parte, puestos a sentirse agraviados o marginados, en el sentido histórico, tanto económica, como política, como culturalmente, e incluso oprimidos durante siglos, de eso seguramente sabemos más en Castilla La Mancha o en Extremadura, por citar solo dos nombres, que en otros lugares donde algunos -insisto, no todos- parecen querer, como el del cuento, "choco, tajá y dos reales".

En definitiva, en este país, con una Historia común, pese a quien pese, pero con una diversidad y hechos diferenciales de todas clases que son evidentes y que de alguna manera nos enriquecen a TODOS, igualmente pese a quien pese, nunca hemos tenido un nivel de vida en general tan alto como el que tenemos ahora, independientemente de quien nos gobierne, que eso ahora no viene al caso, y eso es lo que SI se debería de enseñar en la asignatura de Historia, es decir, la miseria económica y cultural que hemos vivido el pueblo llano a lo largo de siglos, y que ahora, al menos está en vías de superación.

Me gustan las inmensas llanuras de La Mancha, con sus increíbles puestas de sol, disfruto con las montañas y prados de Asturias y Galicia, con los pequeños y encantadores valles del País Vasco, con las infinitas llanuras y los pueblos cargados de historia de Castilla y León, con los ordenados campos de Valencia, o los hermosos paisajes de Cataluña, con la diversidad paisajística andaluza, etc., etc. No me gustaría sentirme extranjero en ninguno de estos lugares, ni que para visitarlos, o que nos visiten, haya que disponer de un papel o documento, o que "corran a cualquiera a gorrazos" en cuanto se enteren de que es de tal o cual lugar. No la liemos, que bastante fue ya.